

Oh Murillo, oh Velazquez, oh pobre pluma mia!

Pocos dias despues de mi llegada á Madrid, ví por primera vez, desembocando por la calle de Alcalá en la puerta del Sol, al Rey Amadeo. Sentí un placer vivísimo, como si volviera á ver al más íntimo de mis amigos. Es cosa curiosa encontrarse en un país donde la única persona conocida sea el Rey. Dábanme tentaciones de correr tras de él gritando: —Señor, soy yo, he llegado.—

Don Amadeo seguia en Madrid las costumbres paternas. Se levantaba al amanecer, é iba á dar un paseo por los jardines del Campo del Moro, que se extienden entre el Palacio Real y el Manzanares; ó bien se dirigia á visitar los Museos, atravesando la ciudad á pié con un solo ayudante de campo. Las criadas, al volver á casa embarazadas con la cesta llena, contaban á sus adormiladas dueñas que lo habian encontrado, que habian pasado junto á él, casi tocándolo: las amas republicanas decian:—Así debe hacer, —y las carlistas torcian el jesto murmurando:—Qué clase de rey!,—ó como oí decir una vez:—Quiere á toda costa que le peguen un tiro.—Al volver á palacio recibia al capitan general y al gobernador de Madrid, los cuales, segun costumbre antigua, debian presentarse diariamente al Rey para saber si tenia algo que ordenar al ejército y á la policia. Llegaban luego los ministros. Además de verlos á todos juntos en consejo una vez por semana, Amadeo recibia á uno de ellos cada dia. Luego que se iba el ministro, comenzaba la audiencia: Don Amadeo daba audiencia

todos los días á lo ménos durante una hora, y no pocas veces durante dos. Las pretensiones eran innumerables, y el objeto de las pretensiones fácil de adivinar: limosnas, pensiones, empleos, privilegios, cruces; el Rey recibia á todos. Tambien la Reina daba audiencia; aunque no cuotidianamente, á causa de su mudable estado de salud. Tocábanle á ella las obras de beneficencia. Recibia en presencia de su mayordomo y de una camarista, á la misma hora que el Rey, á toda especie de gente: señoras, obreros, mujeres del pueblo, escuchando piadosamente largos relatos de miserias y de dolores. Distribuia en obras de caridad más de cien mil pesetas al mes, sin contar los donativos extraordinarios á los hospicios, á los hospitales y otros institutos benéficos. Algunos fundó ella misma. Orilla del Manzanares, á la vista del Palacio Real, en lugar abierto y sonriente, se ve una casita pintada con vivos colores y rodeada de un jardinillo, dentro de la cual se oyen al paso risas, gritos y vagidos de niños. La Reina hizo construir aquella casa para recoger en ella á los hijos pequeños de las lavanderas, los cuales, mientras sus madres trabajaban, solian estarse por las calles expuestos á mil peligros. Hay allí maestros y mujeres de servicio que proveen á todas las necesidades de los niños: es á la vez un hospicio y una escuela. Los gastos para la fabricacion de la casa y para su mantenimiento, se cubrieron con las veinte mil pesetas mensuales que el Estado habia señalado al duque de Pulla. La Reina estableció tambien un hospicio para los ciegos; una casa ó especie de colegio para los hi-

jos de las operarias de la fábrica de tabacos; una distribucion de menestra, carne y pan para todos los pobres de la ciudad. Ella misma iba muchas veces á presenciar la distribucion, apareciendo de improviso para persuadirse de que no se cometian abusos; y habiendo descubierto algunos, dispuso lo necesario para que no se renovasen. Además de esto, daba todos los meses á las hermanas de la caridad treinta mil psetas para socorrer á aquellas familias que por su condicion social no podian asistir al reparto de menestra. De sus actos privados de beneficencia era difícil tener noticia, porque solia hacerlos sin dar á nadie cuenta de ellos. Aun de sus hábitos se sabia poco, porque obraba en todo sin ostentacion, y con una reserva que casi hubiera parecido excesiva hasta en una señora particular. Ni siquiera las damas de la córte sabian que iba á oír la plática religiosa á san Luis de los Franceses: una señora la vió por casualidad la primera vez en medio de sus vecinas. No usaba en su traje distintivo alguno de Reina, ni áun los dias de comida oficial. La Reina Isabel llevaba un gran manto morado con las armas de Castilla, diadema, adornos é insignias; doña Victoria nada. Vestíase comunmente con los colores de la bandera española, y con una sencillez que anunciaba la corona mucho más que el esplendor y el fausto. Tampoco con aquella simplicidad tenia nada que ver el oro español, porque todos los gastos que hacía para sí, para sus hijos y sus criadas, los hacía con dinero propio.

Cuando reinaban los Borbones todo el Palacio

Real estaba ocupado: el Rey habitaba la parte de la izquierda, hácia la plaza de Oriente; doña Isabel la parte que mira de un lado á la plaza de Oriente y de otro á la de la Armería; Montpensier la parte opuesta á la de la Reina; los príncipes tenían cada uno un aposento hácia los jardines del Campo del Moro. Durante el tiempo que estuvo allí el Rey Amadeo, una gran parte del edificio permaneció vacía. Tenía solamente tres pequeñas habitaciones: un saloncito de estudio, una alcoba y el tocador. La alcoba daba á un largo pasillo por donde se iba á las habitaciones de los príncipes, junto á las cuales estaba el aposento de la Reina, que no queria separarse nunca de sus hijos. Habia además un salon destinado á recepciones. Toda esta parte que servia para la familia real entera, ocupábala antes la Reina Isabel sola. Cuando supo que don Amadeo y doña Victoria se habian contentado con tan pequeño espacio, cuéntase que exclamó asombrada:—Pobres jóvenes: no podrán moverse.

El Rey y la Reina solían comer con un mayordomo y una camarista. Despues de la comida, el Rey fumaba un cigarro de Virginia (sépanlo los detractores de este príncipe de los cigarros), y pasaba á su gabinete á ocuparse de las cosas de Estado. Acostumbraba tomar muchos apuntes y aconsejarse á menudo con la Reina, en especial cuando se trataba de poner acuerdo entre los ministros, ó componer los ánimos divididos de los jefes de partido. Leía gran número de periódicos de todos colores, las cartas anónimas que le amenazaban de muerte, las que le

daban consejos, las poesías satíricas, los proyectos de renovacion social, todo cuanto le mandaban. A cosa de las tres salia de palacio á caballo, sonaban las trompetas de la guardia, y un servidor con librea encarnada lo seguía á cincuenta pasos de distancia. Hubiérase dicho al verlo que él mismo no sabia que fuese Rey: contemplaba los chiquillos que pasaban, las muestras de las tiendas, los soldados, las diligencias, las fuentes, con una curiosidad casi infantil. Recorria toda la calle de Alcalá lentamente, como un ciudadano desconocido que pensara en sus negocios, y se iba al Prado á gozar su parte de aire y de sol. Los ministros rabiaban; los borbónicos, acostumbrados al imponente cortejo de Isabel II, decian que arrastraba por las calles la majestad del trono de San Fernando; hasta el lacayo que lo seguía miraba en torno con aire irritado, como diciendo:—¡Ved un loco, qué locura!—Mas dijérase lo que se dijera, el Rey no podia tomar las apariencias del miedo. Y los españoles, menester es decirlo, le hacian en esto justicia: cualquiera que fuese el juicio que emitieran de su inteligencia, de su conducta y de su gobierno, no dejaban nunca de añadir:—En cuanto á valor, despues de todo, no hay nada que decir.

Los domingos habia comida oficial. Asistian á ella generales, diputados, profesores, académicos, hombres notables en las letras y en las ciencias. La Reina hablaba á todos y de todo, con tal seguridad y tal gracia, que por mucho que se supiera ántes de su ingenio y su cultura, superaba siempre á la expecta-

tiva. El pueblo, naturalmente, refiriéndose á lo que ella sabía, tiraba por lo largo: decia del griego, del árabe, del sanscrito, de la astronomía, de las matemáticas. La verdad es que discurría agudamente sobre cosas apartadísimas de cuanto entra en los estudios femeniles, y no con aquel hablar vago y especioso que es propio de quien sabe solamente títulos y nombres. Había estudiado profundamente la lengua española, y la hablaba ya como la propia; éranle familiares la historia, la literatura y las costumbres de su nueva patria; no le faltaba para ser verdaderamente española más que el deseo de permanecer en España. Los liberales murmuraban; los borbónicos decían:—No es nuestra Reina;—pero todos sentían por ella un profundo respeto. Los periódicos más encarnizados decían á lo sumo la esposa de D. Amadeo, en vez de decir la Reina. El más violento entre los diputados republicanos, aludiendo á ella en un discurso, no pudo ménos de proclamarla ilustre y virtuosa. Era la única persona de la casa respecto de la cual ninguno se permitió jamás una burla, ni de palabra ni por escrito; era como una figura dejada en blanco en medio de un cuadro de caricaturas malignas.

En cuanto al Rey, parece que la prensa española gozase de una libertad desmedida. Bajo la salvaguardia del apelativo de saboyano, de extranjero, de jóven de la córte, los diarios adversos á la dinastía decían en sustancia cuanto se les antojaba, y á fé que decían cosas amenas. Tomábala éste á pechos por que el Rey era feo de cara y de perfil; aquél se pudría

porque andaba con paso menudito; un tercero hallaba digna de risa su manera de devolver el saludo; y otras menudencias que no se creerían. No obstante, el pueblo de Madrid sentía hacia él, si no el entusiasmo de la Agencia Stefani, al ménos una simpatía muy viva. La sencillez de sus costumbres y la bondad de su corazón eran proverbiales hasta entre los muchachos. Sabíase que no guardaba rencor á nadie, ni aún á aquellos que se habían conducido poco dignamente con él; que jamás había hecho un acto depreciativo á ninguno; que no había dejado escapar nunca de sus lábios una palabra amarga contra sus enemigos. Al que hablase de los peligros personales que pudiera correr, respondíale desdeñosamente todo buen patriota que el pueblo español respeta á quien tiene fé en él: sus enemigos encarnizados hablaban con ira, mas no con odio: aquellos mismos que no se quitaban el sombrero al encontrarle por la calle, sentían estrechárseles el corazón viendo que otros no se lo quitaban, y no podían ocultar un sentimiento de tristeza. Hay imágenes de reyes caídos sobre las cuales se extiende un lienzo negro; otras que se cubren de un velo blanco, á través del cual se las entrevé más hermosas y venerables: España ha extendido un velo blanco sobre ésta. ¡Y quién sabe si algun día la vista de esta imagen no arrancará del pecho de todo español honrado un suspiro secreto, como el recuerdo de una persona amada ofendida, ó como una voz pacata y benigna que diga en son de amargo reproche:—Y sin embargo... has obrado mal!

Un domingo el Rey pasó revista á los Voluntarios de la Libertad, que son una especie de guardias nacionales italianos, con la diferencia de que aquellos prestan un buen servicio espontáneamente, y estos no lo prestan siquiera malo ni por fuerza. Los voluntarios debían formar á lo largo de las alamedas del Prado: una muchedumbre inmensa los esperaba. Cuando yo llegué había ya tres ó cuatro batallones. El primero era el batallón de los veteranos; todos hombres sobre los cincuenta; no pocos viejísimos, vestidos de negro, con ros, galones sobre galones y cruces sobre cruces; lindos y relucientes como alumnos de academia, y

«nel mover degli occhi *alteri é tardi,*»

de confundirse con los granaderos de la vieja guardia. Seguía á este otro batallón con otro uniforme: pantalon gris, levita abierta y vuelta sobre el pecho con anchas franjas de paño encarnadísimo; no ya ros, kepi con penacho azul, y bayoneta calada en el fusil. Otro batallón, otro uniforme: no ya kepi, de nuevo ros; no ya franjas de paño encarnado, sino de paño verde; pantalones de otro color; no bayoneta, sino machete. Un cuarto batallón, un cuarto uniforme: penachos, colores, armas, todo diverso. Llegan otros batallones, otro aspecto. Algunos traen yelmo á la prusiana, otros yelmo sin punta; quién bayonetas, quién machetes rectos, quién machetes corvos, quién machetes en forma de sierpe; aquí soldados con cordones; allá sin cordones, acullá cordones de nuevo:



cinturones, espadines, corbatas, plumas, cada cosa cambia á cada instante. Y son todas divisas raras y pomposas, con cien colores y cien dijes que cuelgan, relucen y ondulan. Cada batallon tiene una bandera de forma diversa, cubierta de bordados, cintas y franjas. Entre los otros se ven milicianos vestidos de paisano, con una tira cualquiera cosida á largas puntadas, sobre un par de calzones remendados; algunos sin corbata, otros con corbata negra, chaleco abierto y camisa de chorrera; muchachos de quince y hasta doce años, armados de punta en blanco en medio de las filas; cantineras con saya corta y pantalones encarnados, y canastos llenos de cigarros y naranjas. Delante de los batallones un continuo correr de oficiales á caballo. Cada comandante lleva en la cabeza, ó en el pecho, ó en la silla, algun adorno de su invencion; á cada momento pasa un correo que no se sabe á qué diablo de cuerpo pertenezca; se ven galones en los brazos, en las espaldas y alrededor del cuello: de plata, de oro y de lana; medallas y cruces tan espesas que esconden la mitad del pecho, puestas una sobre otra, por encima y por bajo de la cintura; guantes de todos los colores del iris; sables, espadas, espadines, espadones, pistolas, rewolvers; una mescolanza, en suma, de todas las divisas y de todas las armas de todos los ejércitos; una variedad capaz de cansar á diez comisiones ministeriales para la modificacion del vestuario; una confusion de perder la cabeza. No recuerdo si eran doce ó catorce batallones, cada uno de los cuales, al escoger su propia divisa, se habia esforzado por distinguirse lo

más posible de los restantes. Mandábalos el Alcalde, que tenía también su uniforme fantástico. Podían ser ocho mil hombres. A la hora fijada, un imprevisto correr de oficiales de estado mayor y el sonido de las trompetas anunciaron la llegada del Rey. Llegó en efecto por la calle de Alcalá D. Amadeo, á caballo, vestido de capitán general, con botas de montar, calzones blancos y casaca; detrás de él iba un espeso escuadrón de generales, ayudantes de campo, lacayos vestidos de encarnado, lanceros, coraceros y guardias. Después que hubo recorrido toda la frente del ejército, desde el Prado hasta la iglesia de Atocha, en medio de una muchedumbre fija y silenciosa, volvió hacia la calle de Alcalá. Aquí había multitud inmensa de gente que ondeaba y se agitaba como el mar. El Rey y su estado mayor fueron á colocarse delante de la iglesia de San José, con la espalda vuelta á la fachada, y la caballería despejó, no sin fatiga, un pequeño espacio por donde pudiesen desfilarse los batallones.

Desfilaron por compañías. A medida que iban pasando, á una señal del comandante gritaban:—Viva el Rey! Viva D. Amadeo primero!

El primer oficial que lanzó el grito tuvo una idea infeliz. El viva dado espontáneamente por los primeros, se hizo como un deber para todos los demás, y fué causa de que el público tomase la mayor ó menor fuerza y armonía de las voces como signo de demostración política. Algunos pelotones daban un viva tan flaco y corto, que parecía la voz de un grupo de enfermos pidiendo socorro: entonces la multi-

tud prorumpia en risas. Otros pelotones gritaban á desgañitarse, y tambien su grito era interpretado como demostracion de hostilidad á la dinastía. Corrian varias voces entre la gente que estaba junto á mi. Uno decia:—Ahora viene tal batallon; es un batallon de republicanos; ya verán Vds. como no grita.—El batallon no gritaba: los espectadores tosián. Otro decia:—Es una vergüenza, una falta de educacion; á mí tampoco me gusta D. Amadeo; pero callo y respeto. Hubo alguna cuestion. Un jovenzuelo gritó viva con voz de falsete; llamóle impertinente un caballero; resintióse el otro; alzaron ambos las manos; los dividió un tercero. Entre batallon y batallon pasaban ciudadanos á caballo: algunos no se quitaban el sombrero, y miraban sin embargo al Rey: entónces se oían en la multitud voces diversas, como *muy bien* y *mal criado*. Otros que hubieran querido saludar, no saludaban por miedo, y pasaban con la cabeza baja y el rostro encendido de vergüenza. Otros, por el contrario, repugnándoles aquel espectáculo, hacían á las barbas de todos una valerosa demostracion de *amadeismo* pasando con el sombrero en la mano, y mirando ora respetuosamente al Rey, ora altaneramente á la muchedumbre por espacio de una docena de pasos. El Rey estuvo inmóvil hasta el fin del desfile con expresion inalterable de serena altivez. Así terminó la revista.

Esta milicia nacional, aunque ménos desorganizada y concluida que la nuestra, no es todavía más que una larva; el ridículo ha corrompido sus raíces.

## LAS CORRIDAS DE TOROS.

El 31 de Marzo se inauguró el espectáculo de las corridas de toros. Discurramos sobre él á nuestro antojo, porque el asunto lo merece. El que haya leído la descripción de Baretti, haga cuenta de no haber leído nada. Baretti no vió más que las corridas de toros de Lisboa, que en parangon con las de Madrid son juegos de chiquillos; la sede del arte es Madrid; aquí los grandes artistas, aquí los espectáculos fastuosos, aquí los espectadores maestros, aquí los jueces que reparten la gloria. La Plaza de Madrid es el Teatro de la Scala del arte taurómico.

La inauguración de las corridas de toros en Madrid es mucho más importante que un cambio de ministerio. Un mes ántes se ha extendido el anuncio por toda España; desde Cádiz á Barcelona, desde Bilbao hasta Almería, se habla de los toreros y de la casta de los toros; dispónense viajes de placer entre las provincias y la capital; el que anda escaso de dineros, hace economías para procurarse un buen puesto en la Plaza el día solemne; los padres y las madres prometen á los hijos estudiosos que los llevarán á la corrida; los amantes lo prometen á las hermosas; los periódicos aseguran que se tendrá una buena temporada; señálase con el dedo á los toreros escriturados que andan ya por Madrid; corren voces de que han llegado los toros, hay quien los ha visto, se echan empeños para ir á verlos: son toros de los pastos del duque de Veragua, del marqués de la Merced, de la

excelentísima señora viuda de Villaseca, magníficos, formidables; se abre el despacho para los abonos; acuden en tropel los aficionados, los criados de las familias nobles, los agentes, los amigos encargados de tomar asientos; el primer día, el empresario ha metido en caja diez mil duros, el segundo seis mil, en una semana veinte mil; llega Frascuelo, el famoso matador, llega el Cuco, llega Calderon; están allí todos; ¡tres días no más!; millares de personas no hablan de otra cosa; hay señoras que sueñan con la Plaza, ministros que no tienen ya cabeza para los negocios, viejos aficionados que no sosiegan en el pellejo; obreros, pobres que dejan de fumar para tener aquellos pocos cuartos el día del espectáculo. Viene finalmente la vispera; el sábado por la mañana, antes del alba, en un piso bajo de la calle de Alcalá, se comienza á vender los billetes: aún no se ha abierto la puerta, y hay ya gran muchedumbre de gente; gritan, se empujan y atropellan; veinte guardias civiles con el rewólver á la cintura se afanan y fatigan por obtener un poco de quietud; es un ir y venir incessante. Apunta el día suspirado. El espectáculo comienza á las tres; á medio día se mueve la gente de todas partes hácia la Plaza; la Plaza está en un extremo del barrio de Salamanca, al otro lado del Prado, fuera de la Puerta de Alcalá; todas las calles que conducen á ella son recorridas por una procesion de pueblo; los alrededores del edificio parecen un hormiguero; llegan piquetes de soldados y de voluntarios de la libertad precedidos de músicas; una turba de aguadores y naranjeros atruena el cielo con sus

gritos; los revendedores de billetes van de aquí para allá solicitados por cien voces; ¡desgraciado del que no tenga todavía billete! pagará el doble, el triple, el cuádruplo! pero ¿qué importa?: se pagó un billete áun en diez duros, áun en una onza. Espérase al Rey; dícese que vendrá también la Reina: comienzan á llegar los carruajes de los pájaros gordos: el duque de Fernan-Nuñez, el duque de Abrantes, el marqués de la Vega de Armijo; con ellos una multitud de grandes de España, la flor de la aristocracia; los ministros, los generales, los embajadores: cuanto hay de hermoso, de espléndido y de grande en la vasta ciudad. Se entra en la Plaza por muchas puertas; antes de entrar está ya uno ensordecido.

Entré. La Plaza es inmensa. Vista desde fuera, no tiene nada de notable: es un edificio redondo, bajo, sin ventanas, dado de amarillo; pero al entrar se experimenta un sentimiento vivísimo de asombro. Es un circo para un pueblo; caben en él diez mil espectadores; podría maniobrar un regimiento de caballería. La Arena es circular, vastísima, capaz de contener diez de nuestros circos ecuestres, y la ciñe una barrera de madera alta casi hasta el cuello de un hombre, y por la parte interior provista de un estribo, sobre el cual apoyan el pié los toreros para saltar al lado opuesto cuando el toro les sigue. Además de esta barrera hay otra más elevada, porque el toro salta á menudo la primera; y entre ésta y aquella corre á lo largo de todo el redondel un pasillo, ancho poco más de un metro, por el cual van y vienen los toreros antes de la lidia, y están durante la

lidia los mozos de la Plaza, los carpinteros dispuestos á reparar los destrozos que puede hacer el toro, los guardias, los vendedores de naranjas, los aficionados que gozan de la amistad del empresario, y los personajes á quienes es permitido abrir un boquete en el reglamento. Al otro lado de la segunda barrera se alza una gradinata de piedra; más allá de la gradinata los palcos; bajo los palcos una galería ocupada por tres órdenes de asientos. Los palcos pueden contener cada uno dos ó tres familias: el del Rey es una gran sala, y junto al palco del Rey está el del Ayuntamiento, donde el alcalde, ó alguno por él, preside el espectáculo. Hay palco para los ministros, para el gobernador, para los embajadores; cada familia de la nobleza tiene uno; los jóvenes *bontonisti*, como diría Giusti, tienen uno entre varios; luego vienen los palcos de alquiler, que cuestan un sentido. Todos los asientos de la gradinata están numerados; cada uno tiene su billete; la entrada se hace sin el más mínimo desórden. Está la Plaza dividida en dos partes: la parte donde da el sol, y la parte de la sombra: en ésta se paga más; á la otra va el pueblo bajo. El redondel tiene cuatro puertas, á intervalos casi iguales entre sí: la puerta por la cual entran los toreros, la de los toros, la de los caballos, y la de los que anuncian el espectáculo, bajo el palco del Rey. Sobre la puerta que da entrada á los toros, se alza una especie de terrado que se llama la meseta del toril. Afortunado el que puede encontrar allí puesto! En esta meseta, y en un pequeño palco, están los que á una señal que se hace desde el palco

del Ayuntamiento, tocan la trompeta y el tamboril para anunciar la salida del toro. Frente al toril, en la parte opuesta del redondel, sobre la gradinata, está la banda musical. Toda la gradinata se halla dividida en tendidos, cada uno de los cuales tiene su puerta de entrada. Antes de que comience el espectáculo, el pueblo puede bajar al redondel y girar por todos los ámbitos del edificio: va uno á ver los caballos encerrados en un patio, y destinados ¡ay! á morir la mayor parte; á ver los chiqueros oscuros dentro de los cuales están presos los toros, que luego pasan de uno en otro, hasta un corredor desde el cual se lanzan á la Arena; á ver la enfermería, á donde son trasladados los toreros heridos; junto á la puerta principal de entrada, donde están expuestas las banderillas que se han de clavar en el cuello á los toros, y donde se encuentra multitud de toreros viejos, éste lisiado, aquél sin un brazo, el de más allá con muletas, y de toreros jóvenes no admitidos aún á los honores de la Plaza de Madrid; se compra despues un número del *Boletín de Loterías y Toros*, que promete maravillas para la función del día; hace uno que los porteros le den el programa del espectáculo, y una hoja impresa dividida en columnas, para anotar las varas, las estocadas, las caídas, las heridas; se da vueltas por los interminables corredores y las interminables escaleras, en medio de una muchedumbre que va y viene, sube y baja, gritando y armando tal estrépito que tiembla todo el edificio; y finalmente, vuelve uno á su propio sitio.

La Plaza está llena de bote en bote, y ofrece un



espectáculo del cual es imposible que forme idea quien no lo haya visto: es un mar de cabezas, de sombreros, de abanicos y de manos que se agitan en el aire: en la parte de la sombra, donde están los señores, todo negro; en la parte del sol, donde está el pueblo bajo, mil colores vivísimos de vestidos, sombrillas, abanicos de papel, una inmensa mascarada. No hay sitio para un niño; la multitud está apretada como una falange; se ve uno y se desea para mover los brazos. Y no es el bullicio y estrépito de los demás teatros; es distinto; es una agitación, una vida enteramente propia del Circo: todos gritan, se llaman y saludan con alegría frenética; los niños y las mujeres chillan, los hombres más graves diablean como mozalvetes; los jóvenes, en grupos de veinte y de treinta juntos, voceando á compás y dando con los bastones en la gradinata, anuncian al representante del Ayuntamiento que ya es hora; en los palcos un rebullicio, propio de gallinero de teatro diurno; al griterío ensordeciente de la multitud se mezclan los chillidos de un centenar de vendedores que tiran naranjas por todas partes; suena la música, los toros mugen, óyese el rumor de la muchedumbre agrupada fuera...: es un espectáculo que produce vértigos: ántes de que comience la lucha, estais ya rendidos, ébrios, desmemoriados.

De repente se oye una exclamacion:—El Rey!— El Rey acaba de llegar. Ha venido en un carruaje tirado por cuatro caballos blancos, montado por servidores vestidos con el pintoresco traje andaluz. Las

vidrieras que cierran el palco régio se abren, y el Rey entra con numeroso séquito de ministros, generales y mayordomos. La Reina no está con él. Se preveía: sábese que le causa horror este espectáculo. Oh! pero el Rey no podía faltar; ha venido siempre; se dice que los toros le vuelven loco. Es la hora, y principia la corrida. Me acordaré toda la vida del frio que sentí en las venas en aquel momento.

Suenan las trompetas: cuatro guardias de la Plaza, á caballo, con sombrero y penacho á lo Enrique IV, capilla negra, colete, bota alta y espada, entran por la puerta que está bajo el palco del Rey, y á paso lento, lento, dan la vuelta al redondel: la gente despeja, cada cual vuelve en busca de su asiento, y la Arena queda vacía. Los cuatro caballeros van entónces á colocarse de dos en dos delante de la puerta, todavía cerrada, que da frente al palco real: diez mil espectadores tienen fija la vista en ella; el silencio es general; por allí debe salir la cuadrilla: todos los toreros, en traje de gala, que vienen á presentarse al Rey y al pueblo. Toca la música, se abre la puerta, óyese una explosion de inmensos aplausos, y los toreros se adelantan. Vienen primero los tres espadas, Frascuelo, Lagartijo, Cayetano, los tres famosos, vestidos con el traje de Fíguro en el *Barbero* de Sevilla, de raso, de seda, de terciopelo naranjado, encarnado, azul, cubiertos de bordados, cintas, galones, filigranas, lentejuelas, colgantes de oro y plata que esconden casi todo el vestido, envueltos en anchas capas amarillas y rojas, con medias blancas, faja de seda, una trenza de

cabello en la nuca, y un casquete de pelo. Vienen despues los banderilleros y los capeadores, una cuadrilla, cubiertos estos tambien de oro y de plata; luego los picadores á caballo, de dos en dos, con una gran lanza en la mano, un sombrero gris, bajo, de ala grandísima, una chaquetilla recamada, calzones de piel de búfalo amarilla, forrados y guarnecidos por dentro con láminas de hierro; finalmente los chulos, ó mozos, vestidos con sus ropas de gala; y todos juntos atraviesan majestuosamente el redondel dirigiéndose hácia el palco del Rey. Nada se puede imaginar más pintoresco que aquel espectáculo que ofrece todos los colores de un jardin, todos los esplendores de un cortejo real, toda la alegría de un grupo de máscaras, todo el imponente aparato de un escuadron de guerreros: entornando los ojos no se ve más que el centelleo del oro y de la plata. Son hombres hermosísimos: los picadores altos y fornidos como atletas; los otros, sutiles, esbeltos, de formas escultóricas, rostros morenos, ojos grandes y altivos: figuras de gladiadores antiguos vestidas con un fausto de príncipes asiáticos.

Toda la cuadrilla se detiene delante del palco del Rey, y saluda; el alcalde da la señal; cae del palco al redondel la llave del toril donde están encerrados los toros; un guardia de la Plaza la recoge y la entrega al custodio, que va á ponerse junto á la puerta, dispuesto á abrirla; la cuadrilla se disuelve; los espadas saltan al otro lado de la barrera; los capeadores se dispersan por el redondel agitando sus capas amarillas y encarnadas; de los picadores se retiran

algunos para esperar su turno; los demás espolean el caballo, y van á apostarse á la izquierda del toril, á distancia de veinte pasos uno de otro, con la espalda vuelta á la barrera y la pica en ristre. Pasa un momento de agitacion y de ansiedad inexpresables; todas las miradas están fijas en la puerta por donde ha de salir el toro; todos los corazones palpitan; reina un silencio profundo en toda la Plaza; no se oye más que el mugido del toro que avanza de chiquero en chiquero, en la oscuridad de su vasta prision, casi gritando: «Sangre! Sangre!» Los caballos tiemblan, los picadores palidecen; un momento todavía; suena la trompeta, se abre la puerta, un toro enorme se lanza á la Arena, y un grito formidable que estalla á la vez en diez mil pechos lo saluda. El estrago comienza.

Ah! Se necesita tener estómago: en aquel momento se queda uno blanco como un cadáver.

Yo no recuerdo sino muy confusamente lo que sucedió en los primeros instantes; no sé dónde tenía la cabeza. El toro se lanzó contra el primer picador, despues retrocedió, volvió á tomar carrera, y se lanzó contra el segundo; siguió á esto una lucha, no recuerdo; de allí á un minuto el toro se lanzó contra el tercero; luego corrió en medio del redondel; se detuvo, y miró. Miré yo tambien, y me cubrí el rostro con las manos. Toda la parte de la Arena que el toro habia corrido estaba regada de sangre; el primer caballo yacia en tierra, con el vientre destrozado y las entrañas esparcidas; el segundo, con el pecho abierto por ancha herida de la cual manaba san-

gre á borbotones, andaba de aquí para allá tropezando; el tercero, que habia caído en tierra, se esforzaba por alzarse; los chulos, acudiendo apresuradamente, levantaban del suelo á los picadores, quitaban la silla y las riendas al caballo muerto, procuraban poner en pié al herido; un vocerío del infierno resonaba en todos los ámbitos de la Plaza.

Así comienza comunmente el espectáculo.

Los primeros en recibir el choque del toro son los picadores: lo esperan á pié firme, y le clavan la pica entre la cabeza y el cuello, en el momento en que se baja para dar la cornada al caballo. La pica, nótese bien, no tiene más que una pequeña punta que no puede abrir heridas profundas; y los picadores deben, haciendo fuerza con el brazo, mantener lejos al toro y salvar su cabalgadura. Se necesita un golpe de ojo seguro, un brazo de hierro y un corazón intrépido. No siempre lo consiguen; antes bien no lo consiguen las más de las veces, y el toro clava los cuernos en el vientre del caballo y el picador viene á tierra. Entonces acuden los capeadores; y mientras el toro desenreda los cuernos de las tripas de su víctima, le echan las capas sobre los ojos, lo distraen, se hacen seguir, y dejan en salvo al jinete caído, á quien los chulos van á socorrer, para ponerlo de nuevo en la silla si el caballo vive todavía, ó llevarselo á él mismo á la enfermería, si se ha deshecho la cabeza.

El toro, fijo en medio de la Arena, con los cuernos ensangrentados, jadeando, miraba en derredor como para decir: «¿No teneis hastante?» Un grupo de

capeadores se le fué al encuentro, lo rodó, y comenzaron á provocarlo, á azuzarlo, á hacerle correr de aquí para allá sacudiéndole el capote sobre los ojos, pasándoselo por entre los cuernos, atrayéndole y huyéndole con rapidísimas vueltas, para volver á provocarlo y á huirlo nuevamente; y el toro á emprenderla ora tras del uno, ora tras del otro, á seguirlos hasta la barrera, y allí á dar cornadas contra las tablas, á hollar el suelo, á mugir, á revolver de paso los cuernos en el vientre de los caballos muertos, á esforzarse por saltar la barrera, á correr el redondel en todas direcciones. Habian entrado en tanto otros picadores para sustituir á los dos que perdieron sus caballos, y se habian puesto, separados uno de otro, del lado del toril, con la pica en ristre, aguardando que el toro les arremetiese. Los capeadores lo llevaron diestramente de aquella parte, y visto el primer caballo, el toro se lanzó á él con la cabeza baja. Pero esta vez no tuvo efecto su acometida: la lanza del picador se le clavó en el lomo, y resistió; obstinóse el toro, empujó, hizo fuerza con toda su mole; pero en vano: el picador se mantuvo firme, el animal retrocedió, el caballo quedó en salvo, y una explosion fragorosa de aplausos saludó á su salvador. El otro picador fué ménos afortunado: acometióle el toro; no consiguió él clavarle la pica; el cuerno formidable penetró en el vientre con la rapidez de una espada, se revolvió en la herida, y cuando salió de ella los intestinos de la noble bestia salieron tras del cuerno y se quedaron suspendidos, oscilando como un saco, casi hasta el suelo.